

## México: hacia las elecciones

Por Jorge Luis Marzo

Ilustración: Edgar Clement

Desde hace meses, México está plenamente sumido en la carrera electoral para la presidencia de la nación, a celebrar en julio de 2006. Los tres partidos principales, Partido de Acción Nacional (PAN), Partido Revolucionario Institucional (PRI) y Partido de la Revolución Democrática (PRD) se encuentran inmersos en las respectivas campañas internas para designar a los candidatos que librarán lo que alguien ya ha llamado la “gran batalla”. Porque además de la natural correlación de poderes e intereses que toda elección presidencial conlleva, el presidente entrante pasará a la historia por ser quien administre las celebraciones del segundo centenario de la independencia, en 2010; una efeméride que, conociendo el apego y la pasión de los mexicanos por sus símbolos patrios, no hay lugar a dudas de que será sonada. En 1810, México inició su guerra de independencia contra España; en 1910, comenzó la Revolución; en 2010, la tentación de gestionar esos mitos parece insuperable.

El presidente Vicente Fox, del conservador Partido de Acción Nacional (PAN), ha entrado ya en el último año de su sexenio y también en el último tramo de su carrera política, ya que la constitución mexicana prohíbe la reelección presidencial. Los medios de comunicación aparecen atiborrados de anuncios institucionales en los que se da cuenta de los logros conseguidos durante la legislatura. La voz y la imagen de Fox llenan las pantallas y las emisoras del país, en un lógico intento de mantener las expectativas de voto hacia el PAN pero también como el canto del cisne del primer presidente del “cambio”, el primero que no es del PRI desde el final de la Revolución.

Fox llegó a la presidencia con un mensaje neoliberal no exento del populismo necesario en un país con gran tradición demagógica. Empresario de éxito, antiguo gerente de la Coca-Cola, alto, franco pero también patoso en declaraciones y actitudes, Fox consiguió reunir en su persona los masivos, aunque nebulosos deseos de cambio político de los mexicanos. Los empresarios llegaban al poder de la república con un mensaje sutil, pero clave para el trastocado imaginario político de este país: el gran capital no necesita el poder para ganar dinero, porque ya lo tiene: esto es, se trabajará desinteresadamente desde las clásicas posiciones de la derecha liberal: mano firme, lucha a la corrupción, liberalización económica y control (achicamiento) del presupuesto público. Pero en un país cuyos ingresos dependen en una tercera parte de PEMEX (la empresa pública de petróleo), en otro tercio de las remesas de dinero

enviadas por los emigrantes mexicanos en Estados Unidos, y el gasto está condicionado en otra tercera parte al pago de la deuda externa, las políticas neoliberales no son fáciles de aplicar, y si se aplican, los resultados no son muy populares. Esto es lo que le ha pasado al gobierno de Fox. No ha podido emprender más que una ínfima parte de las medidas prometidas, mientras además, en un congreso dominado por el PRI, no ha encontrado la más mínima voluntad de colaboración.

Así, la legislatura ha ido discurriendo mientras las cosas se han ido “torciendo”: revelación de casos de corrupción; reveses legislativos y económicos; la falsamente discreta boda de Fox, siendo ya presidente, con su portavoz y excoordinadora de campaña, Marta Sahagún, quien ha ido adoptando indisimuladamente un actitud a medio camino entre el populismo de Eva Perón y la ambición política de Hillary Clinton; o la infiltración de grupos de extrema derecha financiera y religiosa en algunas de las instituciones públicas más notorias. Frente a esto último, muchos mexicanos, especialmente de clase media, se han empezado a preguntar por el precio a pagar a cambio de unas disciplinas económicas que tampoco parecen haber florecido como se esperaban. Una reciente encuesta independiente sobre los índices de pobreza en México indicaba que el 79% de los mexicanos viven en la pobreza, y entre éstos, alrededor de un 40% en la extrema pobreza. Datos desgarradoramente elocuentes.

En paralelo a estas circunstancias, el mensaje del PAN ha ido adoptando nuevos tintes, perfectamente resumibles en el fino análisis que hace años hiciera la escritora mexicana Rosario Castellanos: “En la política no se conservan ni las manos limpias ni la conciencia tranquila. Pero lo que absuelve es la eficacia”. Fox creaba cortinas de humo sobre algunos escándalos e impericias, mientras demandaba de la sociedad manos libres para hacer la maquinaria eficaz, asumiendo un rol victimista frente al constante bloqueo de la cámara de diputados. Pero como es de esperar en la leonina arena política mexicana, no hay mejor espectáculo que ver a tu enemigo ahogarse en soledad.

No obstante, las elecciones del año 2000 las ganó Fox, no su partido. Este es un aspecto muy importante para no nublar el análisis de la política actual mexicana, ya de por sí borroso. Hasta tal punto es así, que los mensajes que el PAN está filtrando durante los últimos meses en la gran ensaladera de medios es que, si el gobierno de Fox es un fracaso, es un fracaso suyo, no del partido. Fox ha sido –y en realidad sigue siendo– ajeno al aparato del partido, un “outsider”, y sólo llegó a ser candidato presidencial gracias a conseguir un grado suficiente de consenso entre las principales familias panistas, que antes de llegar a una guerra interna deseaban sobre todo el poder: una maniobra inteligente y bien conocida en las sibilinas bambalinas de la política mexicana. Interesante, en este sentido, ha sido observar durante las últimas semanas la caída en

desgracia del protegido de Fox, Santiago Creel, quien lo va a tener difícil para remontar posiciones dentro del partido de cara a las presidenciales de julio. Creel representa las aspiraciones de Fox sobre el partido, cosa que lógicamente el aparato no está dispuesto a aceptar. Si Creel no logra recuperar el pulso perdido, ciertamente será Felipe Calderón quien conduzca al PAN a las elecciones. Simpatizante, en su juventud, de grupos de rancia derecha, Calderón supone el ala amable del ala menos amable del partido, con intereses más que neoliberales y muy religiosos, cuyos perfiles más marcados incluso el presidente Fox ha intentado atenuar, como cuando consiguió pasar la ley de la “píldora del día después” en contra de su propio partido, y con el apoyo envenenado del PRI.

Respecto del PRI, segundo partido en liza, mucho se ha dicho y escrito sobre la “travesía del desierto” que ha tenido que enfrentar tras la histórica derrota electoral del 2000. Pero la metáfora no es fácilmente aplicable a un partido que sigue dominando la gobernatura de muchos de los estados de la república, que controla la cámara legislativa federal y que mantiene indemnes los profundos vínculos creados con una vasta clase funcionalial a lo largo de setenta años de poder ininterrumpido. Además, el PRI es prácticamente la única institución mexicana verdaderamente nacional, implantada en todo el territorio: en cualquier pueblo, por pequeño que sea, hay una pared pintada con el logo tricolor del PRI.

Pero el PRI, indudablemente, ha tenido que replantearse algunas cosas. Y la primera de todas, la más importante, es que la candidatura del partido a la presidencia de la nación ya no viene designada desde la presidencia de la nación. El sistema implantado durante décadas por el priismo había resuelto uno de los problemas más difíciles que se les plantean a los regímenes no democráticos: el de la sucesión del ejecutivo. La ecuación hizo fortuna: el presidente del gobierno nombraba a su sucesor de acuerdo a pactos no escritos de cuotas de las diferentes facciones del partido, lo que otorgaba una aparente cohesión. Unas elecciones celebradas bajo cacicazgos y presiones de todo tipo legitimaban finalmente al sucesor, mientras se enmascaraba la pluralidad con la otorgación de algunos escaños a otros partidos (como el PAN): una compra de voluntades, en consonancia con la famosa máxima del general Obregón, uno de los fundadores del PRI: “no hay general mexicano que resista un cañonazo de 50.000 pesos”.

En este nuevo estado de cosas, el PRI se encuentra ahora con la necesidad de decidir sobre su candidato fuera de Los Pinos, la residencia presidencial. Y por lo hasta ahora entrevistado, no parece que haya habido mucha reflexión dentro del partido. Las formas y fondos que el principal líder de la formación, Roberto Madrazo, está desplegando recuerdan más a las tenebrosas prácticas de los tiempos mafiosos del PRI, que a una renovación de prácticas en un nuevo contexto. Madrazo ha devorado, con métodos

entre despóticos y gangsteriles, a los candidatos rivales dentro del partido. Primero ha sido Elba Esther Gordillo; y todo parece indicar que el próximo ataque será de nuevo frontal y hacia Arturo Montiel. Edgar Clement, uno de los más perspicaces dibujantes mexicanos, satirizó recientemente a Madrazo como el maquinista del tren del PRI, pidiendo “madera, más madera” mientras echaba en la caldera a la gran mayoría de sus camaradas de filas.



Nada más ilustrativo para explicar el brutal proceso de autofagia en el que está entrando el partido que rigió los destinos de México durante más de setenta años. No es extraño que muchos piensen que Madrazo está llevando al PRI a una fractura histórica. Pero el PRI es mucho PRI, y en él las componendas han sido siempre oportunamente conducidas, bien por la vía “contractual” bien por otras vías menos amables.

Pero, sin lugar a dudas, si hay un personaje estelar en el camino hacia las elecciones presidenciales de México, ése es Andrés Manuel López Obrador,

el casi seguro candidato del Partido de la Revolución Democrática (PRD), una formación escindida del PRI en los años 80. Este hombre, de carrera política rutilante, parece haber conseguido en el PRD lo que nunca pudo hacer su insigne fundador, Cuauhtémoc Cárdenas: tener la oportunidad real de ganar. Hasta el mismo Cárdenas ha tirado ya la toalla en la carrera, por mucho que le duela ver cómo vence alguien que ha trepado en sus propias barbas.

Andrés Manuel López Obrador (conocido mediáticamente como AMLO) es un priista de origen, y muchos piensan que lo sigue siendo de corazón, empezando por el subcomandante Marcos, quien recientemente arremetió contra él y contra la izquierda perredista. Durante años, López Obrador fue un destacado líder local del sindicato de petroleros en su estado natal de Tabasco, el principal centro petrolífero del país: de ahí su sobrenombre de “pejelagarto”, un curioso pez tabasqueño con boca de reptil. Y lo cierto es que AMLO se ganó justa fama de sindicalista correoso y de afiladas mandíbulas, quizás demasiado cortantes para el propio sindicato y para el propio PRI, que le cerró las puertas de mayores ascensos lo que, a la postre, provocó la salida de Obrador del partido y su incorporación al PRD.

Con la llegada de López Obrador a la gubernatura de la Ciudad de México, éste concitó todos los amores y los odios imaginables. Con un estilo populista, y en una ciudad que en las elecciones fraudulentas de 1988 se había entregado a la causa del entonces líder del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas, López Obrador trabajó para asegurarse el apoyo de la gran masa social de los 25 millones de “chilangos” (habitantes del Distrito Federal), lo que en parte también ha levantado no pocas suspicacias en el resto de la república, siempre desconfiada del poder y la arrogancia capitalinas. Construyó nuevas y polémicas vías urbanas y carriles de metrobús, repartió enseres escolares gratuitos, patrocinó la llegada del equipo del ex-alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani para que acabara con la delincuencia (con un coste de 4 millones de dólares pagados por algunos de los prohombres de la ciudad). Desde luego, tanto el PRI como el PAN han buscado defenestrarlo temerosos de su pegada directa con las capas menos agraciadas: desde una larga campaña para desaforarlo por desacato a la justicia, hasta la aparición de videos de algunos de sus más estrechos colaboradores metiendo grandes cantidades de dinero en negros maletines, López Obrador ha estado sometido a cargas de profundidad, de las que más o menos parece haber salido indemne.

El estilo de López Obrador está basado en un mensaje ambiguo. Por un lado, el eslogan de su campaña dice: “Por el bien de todos, primero los pobres”. Por el otro, no se rasga las vestiduras en aplicar recetas económicas neoliberales en connivencia con los principales empresarios del país. Las clases más desfavorecidas ven en AMLO el lenguaje cardenista (de Lázaro Cárdenas) que siempre han deseado. Las clases pudientes

mexicanas temen a López Obrador; más que eso, lo desprecian. Lo desprecian porque lo consideran un “naco”, un sobrevenido sin gusto y aparentemente contrario al esfuerzo que hacen las elites por ser modernas, por ser “gringas”, por ser europeas. Fox y Creel tienen apellidos anglosajones, son “güeros” (de piel blanca) y han visto mundo. Madrazo representa el orgullo criollo y nacionalista que hizo al México del siglo XX. Pero López Obrador viene de los sindicatos, y de los más duros e intransigentes como el petrolero. Entre estas clases altas, Obrador es conocido como “whiskas”. Nace de un conocido anuncio comercial, popular en las calles de México, que dice: “Ocho de cada diez gatos prefieren whiskas”. La palabra “gato”, en el argot popular mexicano, significa “sirviente, criado”.

Las encuestas indican que si se celebraran hoy las elecciones, López Obrador sería el nuevo presidente de México. Aún faltan meses y muchas cosas pueden ocurrir, especialmente en este país con una vida política tan sorpresiva. López Obrador, además, es el tipo de político que sobrevive gracias a que se habla de él, especialmente si es en contra: si no hay polémica ni ataques, no sabe navegar, como buen populista que es. Deberá cuidar muy bien su constante presencia en los medios, porque de otra manera puede que no llegue en la mejores condiciones a julio. Las encuestas también dicen que el congreso seguiría dominado por el PRI. En este escenario, aún hipotético, pero cada vez más plausible, los mexicanos se encontrarían con la repetición de la actual coyuntura: un presidente que no tiene apoyo legislativo. Aún más, esa es una perspectiva más compleja que la actual, dadas las peculiares relaciones que mantienen el PRI y el PRD.

Para empezar, la relación entre Madrazo y López Obrador no puede ser más tirante. El conflicto viene de lejos: cuando Obrador era sindicalista petrolero en Tabasco y se dedicaba a cortar carreteras de la mano de violentos piquetes, Madrazo era el gobernador del estado. Ambos luchaban por sus propias parcelas de poder y nunca disimularon que se veían, el uno al otro, como una traba para sus propias aspiraciones. Por otro lado, durante el llamado “salinato”, la tormentosa legislatura comandada por Carlos Salinas de Gortari entre 1988 y 1994, el PRD sufrió una persecución atroz que dejó al menos quinientos muertos en el camino, entre candidatos y gente del partido. Salinas, inquirido ante estos hechos, se limitó a responder: “yo, ni los veo ni los oigo”. Con estas circunstancias poco atenuantes se hace difícil prever qué tipo de diálogo puede haber entre López Obrador como presidente y una cámara seguramente dominada de nuevo por el PRI. Pero habrá que tender puentes si López Obrador no quiere caer de nuevo en la inmovilidad de Fox y si el PRI aspira realmente algún día a volver a la presidencia, lo que nunca conseguirá si no es capaz de adaptarse al nuevo juego de relaciones, o sea, a la negociación. El PRI debe aprender una difícil lección: que en democracia, los partidos bisagra

también gobiernan. Pero aún no parecen estar mucho por la labor. El eslogan mismo que Madrazo está utilizando en su campaña interna ya indica que desea promover la idea de un gobierno fuerte, sin dependencias de ningún tipo: “Mover a México para que las cosas se hagan”. Un inteligente mensaje contra la impotencia de Fox, pero los mexicanos no olvidarán que si Fox tiene las manos atadas es gracias a la intransigencia del PRI.

Y por si fuera poco, un viejo personaje ha irrumpido en la palestra para “enchilar”, si cabe un poco más, la escena política. Carlos Salinas de Gortari, el expresidente de México, se ha ganado la plena atención informativa como pivote en el que pueden girar buena parte de las negociaciones que por fuerza se producirán en el futuro. Salinas parece lanzar mensajes a todos y en todas direcciones. Al PRI, “advirtiéndolo” a Madrazo sobre los peligros de una fractura interna; y al PAN y al PRD, recordándoles “la madre del cordero”: que el sistema económico en el que vive el México de hoy es un invento suyo y que a nadie se le ocurra pensar nuevos derroteros. En esto, Salinas tiene toda la razón. Fox lo sabe y por eso no ha hecho más que seguir sus recetas. López Obrador juega al disimulo, pero sabe que Salinas lo dejó todo “atado” (o desatado, según se mire) para varias décadas.

Los mexicanos no lo tendrán fácil en julio de 2006. Tendrán que elegir entre un conservador del ala dura del PAN, un priista aún no muy acostumbrado a negociar y un populista del PRD que dicese de izquierdas. El interés (metafórico) de todos estos entremeses no es otro que advertir si México va a optar por la continuidad de su tradicional cultura política, basada en una estructura virreinal en donde la figura del auténtico monarca está en la sombra, lejana –no tanto a la manera del rey, sino a la del titiritero tras el escenario– y fundamentada en un despotismo ilustrado imposibilitado en adoptar una democracia “útil”, o, por el contrario, se adoptará un camino de negociación real entre las fuerzas políticas y sociales del país que haga posible un verdadero cambio en la manera en que los mexicanos conciben la participación política. Desde luego, no es nada fácil.

Jorge Luis Marzo es crítico de arte. En la actualidad, prepara una exposición en México y en España sobre las relaciones entre el barroco y la hispanidad.